

mosaicos antiquísimos revisten las paredes, siendo entre otros muy notable el de la Madre del Verbo acompañada de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias de la parábola del Evangelio. En el centro del arcezonado de la techumbre admiran los inteligentes una bella pintura de la Asunción, obra del Domeniquino. Multitud de frescos pertenecientes á la última restauración adornan las paredes de la nave principal y las de las capillas así como las bóvedas de éstas. El baldaquino debajo del cual está el altar mayor descansa sobre cuatro columnas de granito, en las cuales se ven inscripciones antiguas muy interesantes. Es digno de verse un sarcófago en que se hallan los restos del célebre historiador conocido con el nombre de Anastasio el Bibliotecario. Muéstrase á la derecha del altar mayor un pozo cercado con un barandal: es llamado la "Fuente del aceite," y asegura la tradición que allí brotó aceite en el año del Nacimiento del Salvador. En la sacristía llaman la atención una hermosa Madona atribuida al Perugino y en el vestíbulo un soberbio tabernáculo de mármol que fué esculpido por *Mino da Fiesole*.

## CAPÍTULO VIGÉSIMO.

San Pedro.—Noticia histórica.—El atrio.—La fachada exterior.—El pórtico de la entrada.—La nave central.—La cripta de la Confesión.—El baldaquino.—La cúpula.—La tribuna.—Las capillas.—Las tumbas.—La sacristía.—La basílica subterránea.—Parte superior de la Basílica.

EN la primera parte de este libro dimos conocimiento al lector de nuestras primeras impresiones en San Pedro al visitar la gran Basílica. Allí presentamos á grandes rasgos la magnificencia y grandiosidad, la riqueza y suntuosidad de la primera iglesia del Catolicismo. Nos reservamos estudiarlo detenidamente para describirlo en su conjunto y en cada una de sus partes, proponiéndonos cerrar con él nuestras descripciones de las iglesias de Roma. Cumplimos ahora con este propósito, destinando el presente capítulo á dar una idea de lo que es el templo, de lo que encierra, de sus preciosidades artísticas y de sus recuerdos religiosos. Antes daremos algunas noticias que no carecen de interés acerca del origen de este gran monumento de la cristiandad.

El gran edificio de San Pedro hállase en el campo Vaticano que probablemente recibió este nombre de los antiguos oráculos, llamados *Vaticinia*. En este campo estuvieron los jardines y el circo de Nerón: allí el execrable tirano hizo la gran matanza de cristianos de que habla Tácito. Los cuerpos de aquellos mártires fueron sepultados en una gruta inmediata al circo. Poco tiempo después del martirio del Santo

Apóstol, su cuerpo fué trasladado á ese cementerio. El Papa San Anaclero hizo construir en aquel lugar un oratorio. Constantino el Grande mandó edificar allí mismo una basílica espaciosa dividida en cinco naves separadas con un gran número de columnas, tal como se conservaba todavía á mediados del siglo XIV. Estaba precedida de un extenso atrio al derredor del cual se veían pequeñas iglesias, capillas y conventos.

Aunque restaurado muchas veces el gran edificio, en principios del siglo XV amenazaba ruina. El Papa Nicolás V concibió el pensamiento de consagrar al Príncipe de los Apóstoles un templo que pudiese igualar en magnificencia al de Salomón, y en el año 1450 comenzó á edificar atrás del presbiterio de la antigua Basílica un vasto edificio cuya dirección encargó á Bernardo Rosellini y á León Bautista Alberti. A la muerte del Pontífice, la construcción se levantaba pocos metros sobre el suelo. Entre los sucesores del Papa, solamente Paulo II había dado algún impulso á los trabajos. Media centuria había transcurrido y la obra estaba casi al comenzar y circunscrita á la sección del presbiterio.

Elegido Papa en 1503 el célebre Cardenal de la Rovère, subió á la Cátedra de San Pedro con el nombre de Julio II, nombre ilustre destinado á la inmortalidad. Dotado de un genio singular para las grandes empresas, propúsose llevar adelante el gran pensamiento de Nicolás V, y después de haber examinado varios proyectos, unos que existían, y otros que mandó ejecutar, se decidió por el del Bramante, célebre arquitecto que proyectó una gran cruz latina con una soberbia y gigantesca cúpula en el centro. Con el objeto de realizar la idea de la gran cúpula, el arquitecto hizo elevar cuatro enormes pilares para sostenerla.

Julio II y el Bramante murieron, y la obra se hallaba muy atrasada todavía. León X, el Papa artista, encargó á Julián de Sangallo la prosecución de los trabajos y después á Rafael de Urbino. Este reformó el plano primitivo y murió en 1520 sin haber adelantado gran cosa en la ejecución. Baltazar Peruzzi hizo un nuevo cambio en el plan de la obra,

reduciendo sus dimensiones á la forma de cruz griega, habiendo logrado terminar la sección del presbiterio, bajo el Pontificado de Clemente VII, que sucedió á León X.

Paulo III, que siguió al anterior, encomendó la dirección al arquitecto Antonio Sangallo, quien propuso seguir la primitiva idea del Bramante respecto de la cruz latina. Sangallo murió y Paulo III puso á Miguel Angel al frente de la construcción. Buonaroti cambió el plan, volviendo á la forma de cruz latina; hizo algunas reformas en la bóveda del Bramante y comenzó á ejecutarla. Sobrevino su muerte bajo el pontificado de San Pío V, quien llamó á la dirección de la obra á Vignola y á Ligorio, con prevención de sujetarse á los planos de Miguel Angel. Vignola hizo las dos cúpulas de los lados y no acabó la central: en el reinado de Sixto V la cerró Jacobo de la Porta, quien además decoró la bóveda con mosaicos y revistió el pavimento con mármoles diferentes. Paulo V hizo acabar por fin la obra material bajo la dirección de Carlos Maderno, quien prolongó la nave del centro en cruz latina bajo el dibujo del Bramante. El mismo arquitecto proyectó y ejecutó la fachada principal. Alejandro VII encomendó al Bernini los famosos pórticos que circundan el atrio. Pío VI perfeccionó las obras é hizo ejecutar la sacristía bajo los planos de Carlos Marchionni y mandó colocar los dos relojes de la fachada y otros dos en el interior.

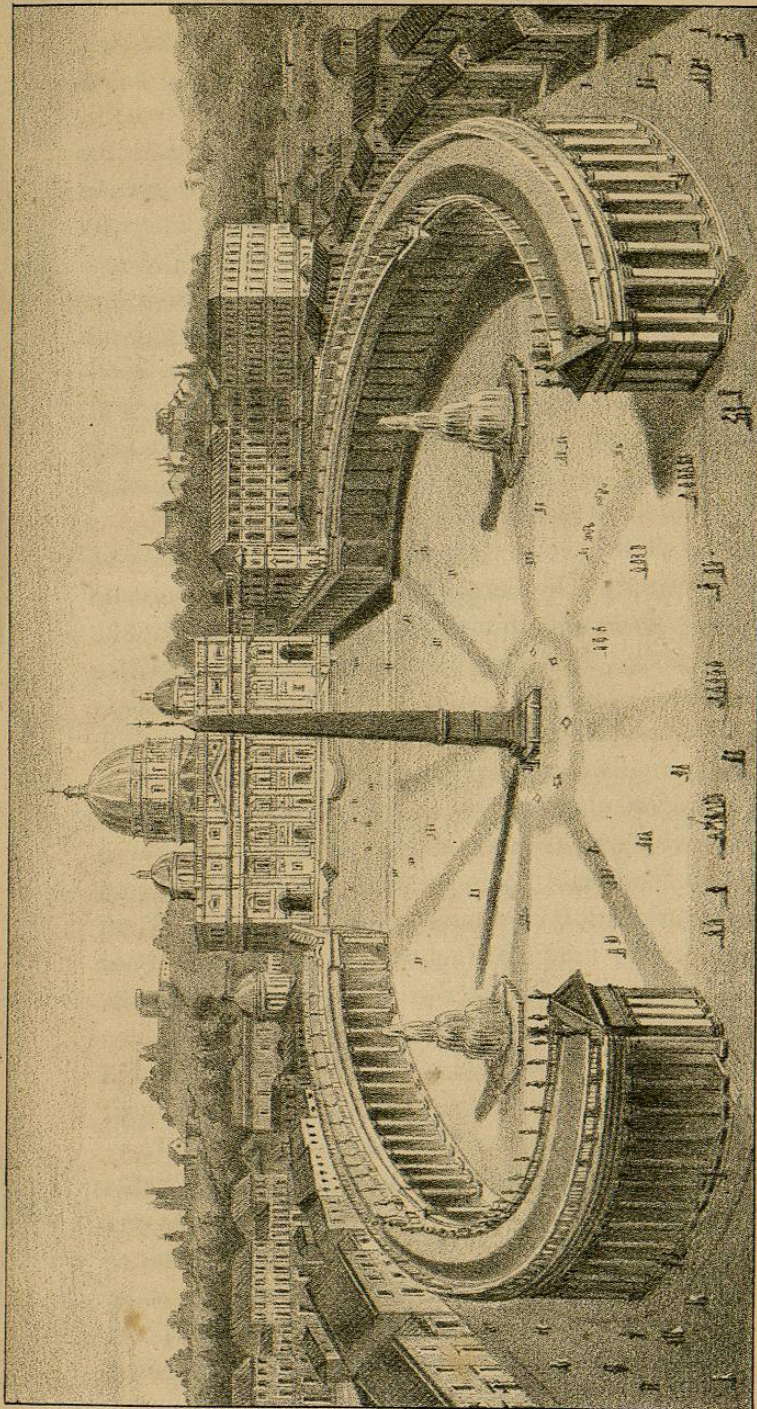
Tres siglos y medio, como se ve, duró la construcción y ornamentación de la Basílica, en cuyo largo período se sucedieron más de cuarenta Papas y un considerable número de arquitectos. Para formarse una idea acerca de la magnificencia del templo basta saber que solamente la construcción costaba ya en 1693, en que hizo la cuenta Carlos Fontana, la enorme suma de 251 millones de francos. Agréguese á esto las sumas fabulosas que han sido gastadas en la decoración, y para calcular su importancia, sépase que cada uno de los grandes mosaicos de los altares ha costado sobre 150,000 francos, y que de las magníficas tumbas de los Papas, la que menos vale, representa un gasto de más de 100,000. Calcúlese ahora el valor de las estatuas colosales, el de los paramentos y el

de los vasos sagrados, y será necesario convenir en que no puede haber habido, como no hay en el mundo, un templo de mayor magnificencia. Seguramente que el de Salomón, si le excedió en la riqueza por la abundancia de metales, no ha de haberle superado en la grandiosidad de la construcción y en la suntuosidad del ornato.

Habíamos ofrecido describir la Basílica en su conjunto y en cada una de sus partes; si cumpliésemos nuestro propósito seguramente que un volumen solo no sería suficiente á nuestro objeto. Lo llenaremos en cuanto sea posible, limitándonos solamente á mencionar lo más interesante.

Comenzando por el atrio y la fachada exterior, no repetiremos las apreciaciones que hicimos en otro lugar. Ya sabe el lector que dicho atrio está cercado por un doble pórtico que en forma elíptica se extiende en dos alas de cada lado de la Basílica. Ahora queremos dar idea de la magnificencia de estos pórticos, mencionando simplemente su extensión y colosales dimensiones. Doscientas ochenta y cuatro columnas dóricas de travertino, de 18 metros de altura con el diámetro proporcionado al estilo, se ven alineadas en cuatro hileras, formando tres amplios ambulatorios, de los cuales el de en medio permite transitar dos carruajes de frente. El entablamento que descansa en las dos hileras exteriores de la columnata, se ve coronado por una elegantísima balaustrada sobre la cual se levantan hasta 192 estatuas colosales de santos de la Iglesia.

Comunicando con los pórticos se prolongan de cada lado hasta unirse con el edificio de la Basílica, dos galerías cerradas, cuyas paredes exteriores ostentan soberbias pilastras de travertino y grandes ventanas adornadas con elegantes molduras; coronando las fachadas una gran cornisa á la misma altura de la que reciben las columnas de los pórticos, y continúa la serie de estatuas de que hemos hecho mención. Estas dos galerías forman con la fachada principal de la iglesia un amplio trapecio en cuyo centro se eleva la extensa escalinata por la cual se sube al pórtico de la Basílica. Dos gigantescas estatuas de mármol representando á los Santos



PLAZA DE S. PEDRO.

Apóstoles Pedro y Pablo, sobre magníficos pedestales, se hallan á los lados de la escalinata.

En el centro de la elipse comprendida entre los dos pórticos, el gran obelisco egipcio erigido por Sixto V bajo la dirección de Domingo Fontana, ostenta en la cúspide el signo de nuestra Redención á una altura de 41 m. 23 c., correspondiendo al monolito 25 m. 13 c. A los lados de este soberbio monumento, dos magníficos surtidores hacen saltar á considerable altura verdaderas cascadas de agua que se derrama sobre recipientes circulares de una sola piedra de granito de 16 metros de circunferencia, y de estos cae el agua en unos grandes depósitos de forma octágona de nueve metros de diámetro.

La fachada principal de la Basílica es objeto de la censura de los artistas. Se dice que parece más propia de un palacio que de una iglesia; se ha censurado al arquitecto que hubiese dádole el aspecto de un edificio de tres pisos, y se ha puesto á discusión su grandiosidad y elegancia. La verdad es que en el exterior de la Basílica los arquitectos se preocuparon más del efecto del conjunto que de la perfección en los detalles; la verdad es que lo primero á que debió atender el artista que dibujó la fachada fué hacer visible desde la base la gigantesca cúpula y á esta conveniencia había necesidad de sacrificar mucho. Por lo demás, el aspecto de la fachada es sorprendente; sus proporciones grandiosas y sus formas bellas. Para tener idea de sus dimensiones bastará saber que su extensión es de 114 m. 60 c. por 45 m. 44 c. de altura; que las columnas que adornan las entradas miden 28 m. 34 c. por un diámetro de 2 m. 66 c.; que las trece estatuas que coronan el frontispicio tienen muy cerca de seis metros.

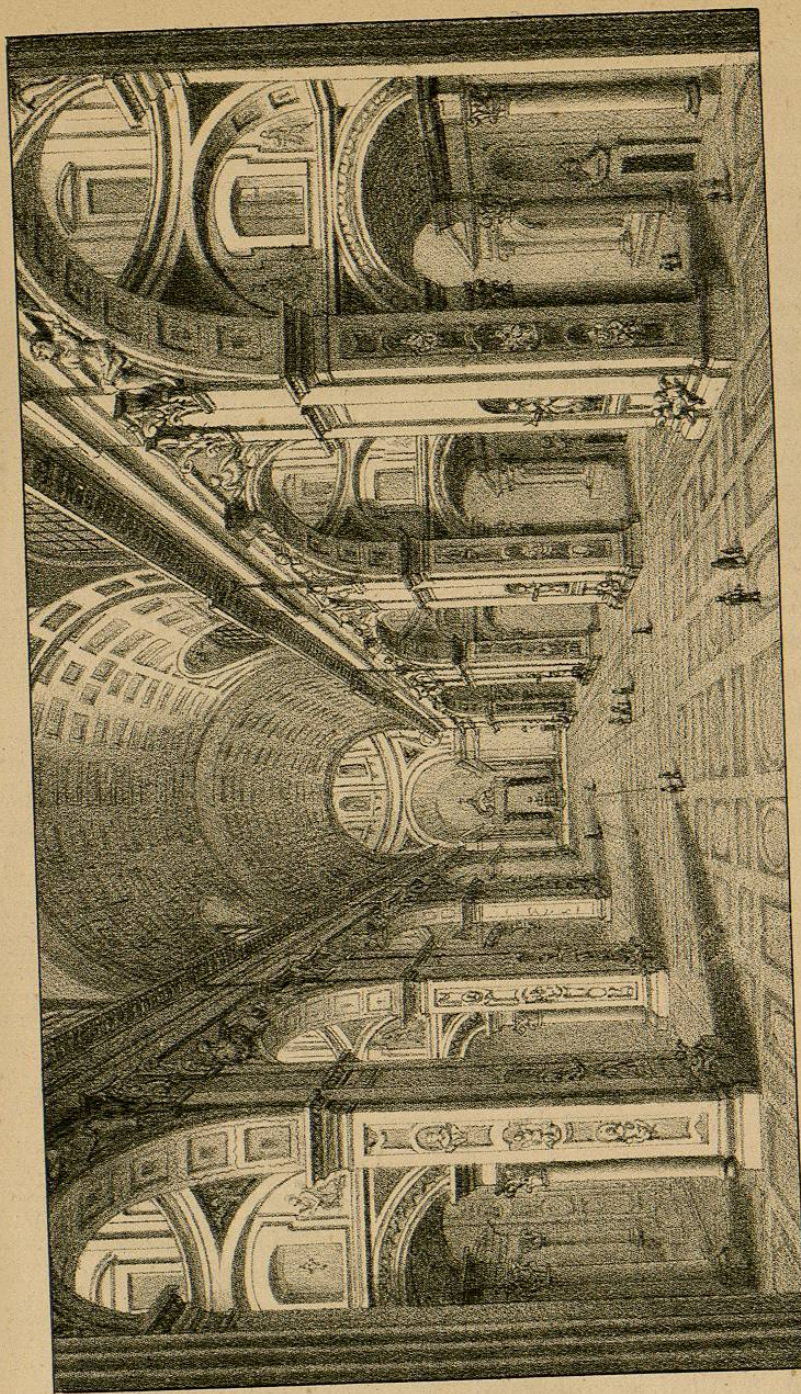
Ahora, para formar juicio acerca de la grandeza y suntuosidad de la Basílica en su majestuoso exterior, concébase un cercado de construcciones gigantescas, cuya menor altura, la de los pórticos, es de más de 25 metros, y la mayor, la de la cúpula, de 135, y la extensión del atrio en sus dos secciones pasa de 300 metros. Y en este espacio adornan las construcciones más de doscientas estatuas todas colosales y más.

de cuatrocientas columnas y pilastras gigantescas. Solamente los guarismos apuntados sorprenden. ¡Cuál será el efecto que producirá la reunión de todas esas partes formando un conjunto tan maravilloso! Tal es el exterior de San Pedro.

Entremos ahora á visitarlo por dentro. Un pórtico majestuoso, revestido de mármoles y estucos, adornado con columnas, con estatuas colosales y con bajo-relieves, forma el gran vestíbulo de la Basílica á la cual dan entrada cinco altísimas puertas, una de las cuales marcada con una cruz de bronce, es llamada la *Puerta Santa* y se abre solamente una vez cada veinticinco años. Ya hemos descrito en otro lugar este pórtico, y nos queda por decir solamente que sus dimensiones son de 70 m. 40 c. de largo por 12 m. 84 c. de ancho.

Penetrando en el interior, no reproduciremos lo que ya dijimos en la primera parte de este libro acerca de las impresiones que se reciben cuando por la primera vez admira el visitante el magnífico templo. Ya dimos á conocer al lector el conjunto; ahora le daremos cuenta de los detalles, que día á día tuvimos ocasión de ir examinando en nuestras repetidas visitas. San Pedro no se ve en un día. Nosotros le visitábamos diariamente durante el tiempo que permanecimos en Roma, y todos los días encontrábamos nuevas cosas que admirar, y todos los días nos extasiábamos contemplando nuevas bellezas. Sin hipérbole podemos asegurar que después de un año de visitar diariamente San Pedro, todavía pudiera encontrar el visitante más de un objeto que llamara su atención. Nosotros, pues, no tuvimos tiempo suficiente para verlo todo, aunque sí pudimos darnos cuenta de lo principal, y esto será la materia de nuestro relato, ya que no de nuestras descripciones; porque, como ya dijimos, para esto sería necesario escribir un volumen.

Principiando por las dimensiones del edificio; al recorrer la nave del centro, fijamos la vista en unas inscripciones en bronce dorado que se observan en el pavimento, cubierto en totalidad de ricos mármoles. San Pablo de Londres, la Catedral de Milán, las catedrales más espaciales del mundo, en una palabra, son inferiores en su magnitud á San Pedro. Mi-



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

INTERIOR DE LA BASILICA DE S. PEDRO.

de una longitud de 185 m. 37 c., desde la puerta del centro hasta el lugar en que se halla la Cátedra, en la pared del fondo. La altura de las bóvedas, en la nave central, es de 46 metros. Hállase esta nave separada de las laterales por ocho gruesos pilares que sostienen cuatro elevadísimos arcos. En cada pilar se ven resaltar dos grandes pilastras corintias de mármol, de 24 m. 80 c. de largo, por 2 m. 59 c. de ancho, y reciben el soberbio entablamento que circunda las navés de la iglesia en toda su extensión, ostentando un friso dorado en que se hallan esculpidos grandes letreros que contienen versículos del Evangelio. Entre las pilastras hay dos órdenes de nichos en que se ven colocadas gigantescas estatuas de mármol, que representan á los fundadores de las órdenes religiosas. Sobre cada uno de los arcos hállanse como recostadas sobre las molduras, enormes figuras de mujeres, que simbolizan las virtudes cristianas; están esculpidas en estuco y miden seis metros. Las contra-pilastras de los grandes arcos están decoradas con dobles medallones que sostienen alados genios y contienen retratos de los más insignes Papas. La gran bóveda está adornada con cajones de estuco dorado y grandes rosetones en el centro.

Las fuentes del agua bendita que se hallan en los dos primeros pilares de la nave central, están sostenidas por colosales niños esculpidos en bronce. En la cuarta pilastra de la derecha, debajo de un elegante baldaquino, y sobre un pedestal de mármol, se venera la estatua en bronce del Príncipe de los Apóstoles, sentado en la Silla pontifical. Arriba de la estatua se halla un retrato del inmortal Pío IX, que fué colocado en el 25º aniversario de su exaltación á la Cátedra de San Pedro.

Avanzando por el centro de la gran nave, se llega al sitio en que está la tumba de los Santos Apóstoles, y guarda una parte de sus venerables restos. Es una estancia subterránea á la cual se descende por dos escaleras de mármol que se ven cercadas con un rico balaustrado de bronce dorado, en el cual ochenta y siete lámparas de bronce también, arden constantemente. Llámase este sitio la Confesión de San